

DEL PERIÓDICO EL PAÍS

## Muere a los 86 años el historiador Josep Fontana

**El profesor emérito de la Pompeu Fabra era uno de los grandes renovadores de la historiografía española**

[Carles Geli](#)

Barcelona [28 AGO 2018 - 12:33 CEST](#)



Josep Fontana en una entrevista en 2017. ALBERT GARCIA

Fuera porque de joven redactaba los catálogos de la librería de viejo de su padre (donde sacaba petróleo de los títulos aparentemente más anodinos) o porque durante los años en que el franquismo le expulsó de la universidad dirigió la sección de Historia de la Enciclopedia Larousse (lo que le llevó a calibrar “la importancia de decir las cosas contando los espacios”), pero [Josep Fontana](#), uno de los grandes renovadores de la historiografía española, con un inusual compromiso cívico al entender que su oficio consistía en “contribuir a explicar los problemas reales de los hombres y mujeres de ayer y hoy y de ayudar con ello a resolverlos, trabajando para elaborar una conciencia colectiva”, es el Eric Hobsbawm español. Como el inglés, el más leído por unir su erudición con una capacidad de narración y síntesis descomunal, como demostraba también de viva voz. Ahora eso solo podrá comprobarse ya en sus libros, al fallecer este

martes en Barcelona a los 86 años tras muchos de estoica lucha contra un cáncer al que él, siempre atareado, siempre incansable, hizo el menos caso posible.

## MÁS INFORMACIÓN



- ["Auschwitz es la antítesis de la Revolución Francesa"](#)

El credo profesional de quien mejor entendió el hundimiento del Antiguo Régimen en España y lo comparó por vez primera con lo que ocurría en Inglaterra o Francia en el XIX o el que mejor ha leído desde la península la globalidad del siglo XX nació de uno de la media docena de libros que su padre, propietario de una librería de viejo en la calle Boters, en pleno centro histórico de Barcelona, le dio cuando apenas tenía siete años. Era, le dijo, para que empezara su propia biblioteca, que con los años acabaría compuesta de unos 50.000 libros que donó mayormente a la Universidad Pompeu Fabra, pero de los que conservó 15.000 conservó hasta el último día en su casa para seguir trabajando. “Y no me haga la bromita habitual de si los he leído porque le aseguro que los conozco uno a uno y sé por qué lo tengo y que espero de cada uno”, decía serio. Y había que creerle porque lo leyó siempre todo.

El libro clave de aquel regalo fundacional paterno fue uno pequeñito, ilustrado y que siempre conservó, de Ferran Soldevila. Sería uno de sus tres maestros, todos espirituales y físicos: en los años 50 acudía a sus clases clandestinas de los Estudios Universitarios Catalanes, que el depurado historiador impartía en el comedor de su casa. Así durante tres años. De él, decía, aprendió que “tras un documento hay seres humanos con sentimientos y problemas”. Los otros dos faros serían, por un lado, Jaume Vicens Vives, “una isla de modernidad en un mar de carcas retrógrados” en la universidad franquista, que le inculcó la conciencia cívica (“me hizo ver que se puede servir al país a través de la ciencia de la Historia”), y Pierre Vilar, al que llegó por generosidad de Vicens Vives cuando éste vio que no podía satisfacer el hambre intelectual de su discípulo. “Nos pasábamos el rato hablando siempre de los que ocurría en el mundo en ese momento”, rememoraba el doctorando de su referente francés.

### **Un credo tatuado desde la infancia**

El credo íntimo que hacía definirse a Fontana (Barcelona, 1931), desafiante en estos tiempos de neoliberalismo salvaje, como “rojo y nacionalista, que no son dos cosas incompatibles”, lo llevaba tatuado desde su infancia, forjada por el recuerdo de los bombardeos durante la Guerra Civil “duros, porque buscaban el Palau de la Generalitat, que estaba muy cerca de casa, por eso íbamos al mismo refugio del palacio” Y, claro, por la propia actitud del padre, que en una librería anterior, en la calle de la Palla, acogía a un grupo ligado al Bloc Obrer i Camperol. “Sí, crecí en un ambiente inequívocamente catalán y de izquierdas”. La consecuencia: un rápido compromiso de joven con la lucha clandestina que le llevaría al PSUC. Como fue norma en él, decisión de lógica aplastante: “Era la fuerza más eficaz para liquidar el franquismo y unía principios

sociales con la mirada de la autodeterminación”. Una fiel coherencia que mantuvo entre 1957 y 1980, cuando abandonó el partido.

Con *Europa ante el espejo* (1994) o *Por el bien del imperio. Una historia del mundo* consiguió notoriedad y prestigio dentro y fuera de España

Recién licenciado en Letras y ya fichado por Vicens Vives, que se lo llevó de ayudante junto a otra promesa, Jordi Nadal, Fontana inició una rauda y brillantísima carrera en la flamante Facultad de Económicas de la Universidad de Barcelona, que le llevó muy pronto a ser un año (1956) *assistant lecturer* en la de Liverpool, lo que se tradujo en el acceso a una bibliografía inimaginable en la España de los 50. Ni la expulsión en 1966 de la universidad por su militancia comunista truncó una trayectoria que, con los años, le llevaría a ocupar la cátedra de Historia Económica en las universidades de Valencia (1974-1976), de la Autónoma de Barcelona (1976-1991, donde fue también decano y vicerrector) y de la Pompeu Fabra.

Lector compulsivo, su figura creció como experto irrefutable del modelo de transición del Antiguo Régimen hacia el capitalismo y la formación del mercado peninsular. De ahí partieron algunos de sus libros fundamentales, como *La quiebra de la monarquía absoluta 1814-1820*, fruto de su tesis de 1972, *Hacienda y Estado, 1823-1830* o *La crisis del Antiguo Régimen (1808-1832)*. El *truco* siempre era el mismo: documentación de fuentes casi siempre inéditas, exhaustivas bibliografías consultadas (a veces, sólo tenía que levantarse de su estudio de casa y consultar, por ejemplo, el único ejemplar completo que se conserva de las actas del Segundo Congreso Obrero de la Sección Española de la Internacional, celebrada en Zaragoza en 1872) y una interpretación sagaz que, encima, exponía de manera clara y brillante.

El credo profesional de quien mejor entendió el hundimiento del Antiguo Régimen en España parte de media docena de libros que su padre le dio cuando tenía 7 años

Títulos como esos o *Aribau y la industria algodonera en Cataluña* podrían dar una imagen de erudición y aridez extrema. Nada más lejos de Fontana, siempre excelente y riguroso divulgador, como pueden testimoniar las decenas de profesores de bachillerato a los que impartía Historia cada sábado por las mañanas o los miles de alumnos que le escucharon en unas clases que tenían su puesta en escena: puntual, se sacaba el reloj de pulsera y lo dejaba reposar a la derecha de los folios que contenían la materia de la jornada que siempre llevaba escrita, como sus intervenciones en los tribunales académicos, lo que quizá explique su ingente producción de prólogos (superan los 150), que tenían más de una vez su sustrato en esos folios que no paraba de alinear militarmente con toquecitos de sus dos dedos meñiques.

Vital en su labor divulgadora fue su función de editor en la sombra, primero en los años 70 en el sello Ariel y luego en el de su amigo editor Gonzalo Pontón, Crítica. Ahí remachó su labor de introductor en España de escuelas historiográficas renovadoras inspiradas en buena parte en el marxismo: la de los Annales, los propios Vilar y Hobswam, Edward Thompson, George Rudé, Michele Vovelle, Marc Bloch, Albert Soboul... Pero también gracias a él la recuperación de textos del presidente de la República española Manuel Azaña, como el sincero *Memorias políticas y de guerra*. En esos despachos inventaba títulos, rehacía traducciones o redactaba contracubiertas sin que se le cayeron los anillos de catedrático.

Se definía como “rojo y nacionalista, que no son dos cosas incompatibles”

Como sus maestros Soldevila y Vicens Vives, Fontana también acabó saltando de siglo y plantándose en su actualidad. Y con ambición porque “uno no puede estudiar el rinconcito en el que vive sin conocer las corrientes que le rodea”, sostenía. Por eso, a partir de los años 90 su bibliografía de más de más de una veintena de títulos se amplió con una historiografía universal que tuvo su primer gran hito en *Europa ante el espejo* (de 1994, con 12 traducciones) y que remachó de una manera tan espectacular como omnívora en *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945* (2011), seguramente la mejor mirada peninsular a la Guerra Fría y sus consecuencias, y en donde se aprecia el dominio de fuentes, aún con las nuevas tecnologías de por medio, que el ya veterano historiador mantuvo hasta el último día.

Sabedor de su solidez intelectual, no exento de cierta dureza que contrastaba con su generosidad para con estudiantes y entidades populares (a los que solía atender en la mesa de cristal de su domicilio atiborrado de libros y carteles en su modesto barrio de siempre, Poblesec), Fontana nunca rehuyó el debate dialéctico ni se escondió en sus opiniones. Así, no dudaba en señalar que en la Transición española “el juego estaba trucado, se cometieron errores serios: los políticos no estaban dispuestos a defender ya los mismos principios que habían dicho a la gente, ni a luchar por lo que se defendía en la clandestinidad; se le dijo a las fuerzas sociales que ya podían volverse para casa”. Por eso quizá apoyó a la formación de Barcelona en Comú de Ada Colau, cerrando en 2015 simbólicamente su lista: “No eran un partido, querían administrar el Ayuntamiento, no aprovecharse de sus recursos para alimentar el partido como hacen los demás”. O por ello también mostró sus simpatías hacia la CUP, movimiento “limpio y sincero”, si bien con “un programa más para hacer la revolución que para hacer una política parlamentaria y eso es un problema”. Ciudadanos le parecía “de los más peligrosos: es un invento catalán que engarza con la tradición de nuestra gran burguesía, que cuando ve obstaculizados sus intereses, se pasa al enemigo; ya lo hizo en 1936”.

Sabedor de su solidez intelectual, Fontana nunca rehuyó el debate dialéctico ni se escondió en sus opiniones

### **Con Bertolt Brecht como guía**

A pesar de tener la Creu de Sant Jordi en 2006 o haber escrito hace apenas tres años un tan exitoso como inequívoco *La formació d'una identitat. Una història de Catalunya* (“El ‘*Som i serem*’ de la sardana *La Santa Espina* es una línea perdurable de la identidad catalana”; “uno sólo puede separarse si el otro acepta que te separes”; “los catalanes sólo pueden seguir luchando; llevamos así 500 años; no hay otra salida”, ha dicho en diferentes ocasiones sobre el *Procés*), su contundencia también la dirigió hacia determinado nacionalismo catalán, como el representado por Artur Mas: “Su giro catalanista lo hizo porque era salvador para él”. Del resto del mundo, lo tenía, cómo no, muy claro: veía en la última gran crisis económica “la gran mentida de las políticas de austeridad; se llegó a ella por la degradación de las condiciones de trabajo y la paulatina aplicación de reformas laborales que han eliminado derechos y menoscabado la capacidad de reacción de los trabajadores”, dudaba de la supuesta estabilidad económica actual, veía en la inmigración el gran problema presente y futuro y admitía: “Sí, están ganando los ricos”.

Fiel a su concepto de que “la Historia ha de ser un análisis crítico de los acontecimientos” y de que su estudio “debe ayudar a crear una conciencia de la Historia”, en la pared de su cargadísimo despacho colgaba un poema de Bertolt Brecht que, de algún modo, él con su labor había dado sentido: “Quien todavía esté vivo que no diga jamás: lo que es seguro no es seguro. Todo no será siempre igual. Cuando hayan hablado los opresores, hablarán los oprimidos. El que haya caído, debe levantarse, el que haya perdido, debe luchar. ¿Quién podrá detener al que conoce la verdad? Porque los vencidos de hoy son los vencedores de mañana, y el jamás se va a convertir en ahora mismo”. Decía que le gustaba volver a esas palabras.